

A watercolor illustration in shades of green, yellow, and brown. In the foreground, a man's head and shoulders are shown in profile, looking towards the left. He has dark hair and is wearing a light-colored shirt. Behind him is a rustic hut with a steeply pitched, thatched roof. The background consists of soft, layered washes of color, suggesting a landscape or a misty atmosphere. The overall style is painterly and evocative.

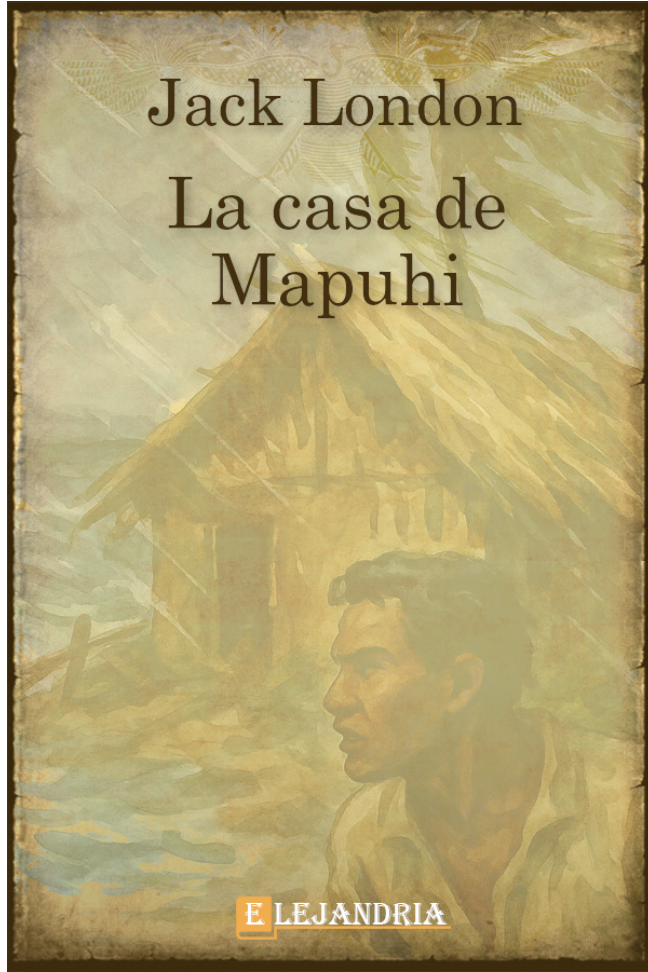
Jack London

La casa de  
Mapuhi

**E** LEJANDRIA

Jack London  
La casa de  
Mapuhi

**E** LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LA CASA DE MAPUHI

**JACK LONDON**

**PUBLICADO: 1907**

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**EDICIÓN: COLECCIÓN SOUTH SEA TALES, THE MACMILLAN  
COMPANY, NEW YORK, 1911**

**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

## LA CASA DE MAPUHI

A PESAR de la pesada torpeza de sus líneas, el Aorai se manejaba con facilidad en la ligera brisa, y su capitán lo acercó bastante antes de ponerse al paio, justo fuera de la succión de las olas. El atolón de Hikueru yacía bajo sobre el agua, un círculo de arena de coral machacada de cien yardas de ancho, veinte millas de circunferencia y de tres a cinco pies sobre la marca de la marea alta. En el fondo de la enorme y cristalina laguna abundaban las conchas de nácar, y desde la cubierta de la goleta, a través del esbelto anillo del atolón, se podía ver a los buzos trabajando. Pero la laguna no tenía entrada ni siquiera para una goleta mercante. Con viento favorable, los cúteres podían adentrarse por el tortuoso y poco profundo canal, pero las goletas esperaban fuera, yendo y viniendo, y enviaban sus botes pequeños.

El Aorai arrió un bote con presteza, al que saltaron media docena de marineros de piel morena vestidos solo con taparrabos escarlatas. Tomaron los remos, mientras que en el espejo de popa, al timón de espadilla, iba un joven ataviado con el blanco tropical que distingue al europeo. La herencia dorada de la Polinesia se delataba en el destello solar de su piel clara y proyectaba brillos y luces doradas a través del azul resplandeciente de sus ojos. Era Raoul, Alexandre Raoul, el hijo menor de Marie Raoul, la acaudalada mestiza que poseía y administraba media docena de goletas mercantes similares al Aorai . A través de un remolino justo fuera de la entrada, y por encima de una hirviente marea, el bote luchó hasta alcanzar la calma especular de la laguna. El joven Raoul saltó a la arena blanca

y estrechó la mano de un nativo alto. El pecho y los hombros del hombre eran magníficos, pero el muñón de un brazo derecho, más allá de cuya carne sobresalían varias pulgadas de hueso blanqueado por el tiempo, atestiguaba el encuentro con un tiburón que había puesto fin a sus días de buzo y lo había convertido en un adulator e intrigante en busca de pequeños favores.

—¿Te has enterado, Alec? —fueron sus primeras palabras—. Mapuhi ha encontrado una perla... ¡qué perla! Nunca se ha pescado una como esa en Hikueru, ni en todas las Paumotus, ni en todo el mundo. Cómprasela. La tiene ahora. Y recuerda que yo te lo dije primero. Es un necio y puedes conseguirla barata. ¿Tienes tabaco?

Raoul se dirigió directamente por la playa hacia una choza bajo un árbol de pandano. Era el sobrecargo de su madre, y su negocio consistía en peinar todas las Paumotus en busca de la riqueza de copra, conchas y perlas que producían.

Era un sobrecargo joven; era su segundo viaje en tal calidad, y sufría en secreto una gran preocupación por su falta de experiencia en la tasación de perlas. Pero cuando Mapuhi le mostró la perla, logró reprimir el sobresalto que le produjo y mantener una expresión comercial y despreocupada en su rostro. Pues la perla lo había golpeado. Era tan grande como un huevo de pichón, una esfera perfecta, de una blancura que reflejaba luces opalescentes de todos los colores a su alrededor. Estaba viva. Nunca había visto nada igual. Cuando Mapuhi la dejó caer en su mano, le sorprendió su peso. Eso demostraba que era una buena perla. La examinó de cerca, a través de una lupa de bolsillo. No tenía ni un defecto ni una mancha. Su pureza parecía casi fundirse en la atmósfera desde su mano. A la sombra era suavemente luminosa, brillando como una luna tierna. Era tan translúcidamente blanca que, cuando la dejó caer en un vaso de agua, tuvo dificultades para encontrarla. Se había hundido tan recta y velozmente hasta el fondo que supo que su peso era excelente.

—Bueno, ¿qué quieres por ella? —preguntó, con una fina asunción de indiferencia.

—Quiero... —empezó Mapuhi, y detrás de él, enmarcando su propio rostro oscuro, los rostros oscuros de dos mujeres y una niña asintieron en concurrencia con lo que él quería. Sus cabezas estaban inclinadas hacia adelante, animadas por una avidez contenida; sus ojos brillaban con avaricia.

—Quiero una casa —continuó Mapuhi—. Debe tener un techo de hierro galvanizado y un reloj de pared octogonal. Debe tener seis brazas de largo con un porche alrededor. En el centro debe haber una gran sala, con una mesa redonda en medio y el reloj de pared octogonal en la pared. Debe haber cuatro dormitorios, dos a cada lado de la gran sala, y en cada dormitorio debe haber una cama de hierro, dos sillas y un lavabo. Y detrás de la casa debe haber una cocina, una buena cocina, con ollas, sartenes y una estufa. Y debes construir la casa en mi isla, que es Fakarava.

—¿Eso es todo? —preguntó Raoul con incredulidad.

—Debe haber una máquina de coser —intervino Tefara, la esposa de Mapuhi.

—Sin olvidar el reloj de pared octogonal —añadió Nauri, la madre de Mapuhi.

—Sí, eso es todo —dijo Mapuhi.

El joven Raoul se rio. Se rio larga y sonoramente. Pero mientras reía, realizaba en secreto problemas de aritmética mental. Nunca había construido una casa en su vida, y sus nociones sobre la construcción de casas eran vagas. Mientras reía, calculaba el coste del viaje a Tahití para los materiales, de los materiales mismos, del viaje de vuelta a Fakarava, y el coste de desembarcar los materiales y construir la casa. Ascendería a cuatro mil dólares franceses, dejando un margen de seguridad; cuatro mil dólares franceses equivalían a veinte mil francos. Era imposible. 1 ¿Cómo iba a saber él el valor de semejante perla? Veinte mil francos era mucho dinero, y además, del dinero de su madre.

—Mapuhi —dijo—, eres un gran necio. Ponle un precio en dinero.

Pero Mapuhi negó con la cabeza, y las tres cabezas detrás de él se movieron al unísono.

—Quiero la casa —dijo—. Debe tener seis brazas de largo con un porche alrededor...

—Sí, sí —interrumpió Raoul—. Ya sé todo sobre tu casa, pero no puede ser. Te daré mil dólares chilenos.

Las cuatro cabezas corearon una negativa silenciosa.

—Y cien dólares chilenos en mercancías.

—Quiero la casa —empezó Mapuhi.

—¿De qué te servirá la casa? —exigió Raoul—. El primer huracán que llegue se la llevará por delante. Deberías saberlo. El capitán Raffy dice que ahora mismo parece que se acerca un huracán.

—No en Fakarava —dijo Mapuhi—. La tierra es mucho más alta allí. En esta isla, sí. Cualquier huracán puede barrer Hikuera. Tendré la casa en Fakarava. Debe tener seis brazas de largo con un porche alrededor...

Y Raoul escuchó de nuevo la historia de la casa. Pasó varias horas en el empeño de sacar la obsesión de la casa de la mente de Mapuhi; pero la madre y la esposa de Mapuhi, y Ngakura, la hija de Mapuhi, lo apoyaron en su resolución por la casa. A través de la puerta abierta, mientras escuchaba por vigésima vez la detallada descripción de la casa deseada, Raoul vio el segundo bote de su goleta acercarse a la playa. Los marineros descansaban sobre los remos, anunciando prisa por partir. El primer oficial del Aorai saltó a tierra, intercambió una palabra con el nativo manco y luego se apresuró hacia Raoul. El día se oscureció de repente, mientras una turbonada ocultaba el rostro del sol. A través de la laguna, Raoul pudo ver acercarse la ominosa línea de la ráfaga de viento.

—El capitán Raffy dice que tienes que largarte de aquí echando leches —fue el saludo del oficial—. Si hay alguna concha, tendremos que correr el riesgo de recogerla más tarde, eso dice. El barómetro ha bajado a veintinueve setenta.

La ráfaga de viento golpeó el árbol de pandano sobre sus cabezas y rasgó las palmeras más allá, arrojando media docena de cocos maduros con sordos golpes al suelo. Luego vino la lluvia desde la distancia, avanzando con el rugido de un vendaval y haciendo que el agua de la laguna humeara en hileras impulsadas por el viento. El agudo repiqueteo de las primeras gotas caía sobre las hojas cuando Raoul se puso de pie de un salto.

—Mil dólares chilenos, al contado, Mapuhi —dijo—. Y doscientos dólares chilenos en mercancías.

—Quiero una casa... —comenzó el otro.

—¡Mapuhi! —gritó Raoul para hacerse oír—. ¡Eres un necio!

Salió furioso de la casa y, codo con codo con el oficial, se abrió paso por la playa hacia el bote. No podían ver el bote. La lluvia tropical caía en cortinas a su alrededor, de modo que solo podían ver la playa bajo sus pies y las rencorosas olitas de la laguna que rompían y mordían la arena. Una figura apareció a través del diluvio. Era Huru-Huru, el hombre manco.

—¿Conseguiste la perla? —le gritó al oído a Raoul.

—¡Mapuhi es un necio! —fue el grito de respuesta, y al instante siguiente se perdieron de vista el uno al otro en el agua que descendía.

Media hora más tarde, Huru-Huru, observando desde el lado del atolón que daba al mar, vio cómo izaban los dos botes y el Aorai ponía proa hacia el mar. Y cerca de ella, recién llegada del mar en las alas de la turbonada, vio otra goleta ponerse al paio y arriar un bote al agua. La conocía. Era la Orohena, propiedad de Toriki, el comerciante mestizo, que hacía de su propio sobrecargo y que sin duda estaba en ese momento en el espejo de popa del bote. Huru-Huru soltó una risita. Sabía que Mapuhi le debía a Toriki mercancías adelantadas el año anterior.

La turbonada había pasado. El sol ardiente brillaba de nuevo y la laguna era una vez más un espejo. Pero el aire estaba pegajoso

como el mucílago, y su peso parecía cargar los pulmones y dificultar la respiración.

—¿Has oído la noticia, Toriki? —preguntó Huru-Huru—. Mapuhi ha encontrado una perla. Nunca se ha pescado una perla como esa en Hikueru, ni en ninguna parte de las Paumotus, ni en todo el mundo. Mapuhi es un necio. Además, te debe dinero. Recuerda que yo te lo dije primero. ¿Tienes tabaco?

Y a la choza de hierba de Mapuhi fue Toriki. Era un hombre autoritario, aunque bastante estúpido. Miró con descuido la maravillosa perla —miró solo un momento— y con descuido se la guardó en el bolsillo.

—Tienes suerte —dijo—. Es una bonita perla. Te daré crédito en los libros.

—Quiero una casa —empezó Mapuhi, consternado—. Debe tener seis brazas...

—¡Seis brazas tu abuela! —fue la réplica del comerciante—. Lo que tú quieres es pagar tus deudas, eso es lo que quieres. Me debías mil doscientos dólares chilenos. Muy bien; ya no me los debes. La cuenta está saldada. Además, te daré crédito por doscientos chilenos. Si cuando llegue a Tahití la perla se vende bien, te daré crédito por otros cien, eso hará trescientos. Pero ojo, solo si la perla se vende bien. Puede que incluso pierda dinero con ella.

Mapuhi se cruzó de brazos con tristeza y se sentó con la cabeza gacha. Le habían robado su perla. En lugar de la casa, había pagado una deuda. No había nada que mostrar por la perla.

—Eres un necio —dijo Tefara.

—Eres un necio —dijo Nauri, su madre—. ¿Por qué dejaste que la perla llegara a su mano?

—¿Qué podía hacer? —protestó Mapuhi—. Le debía el dinero. Sabía que yo tenía la perla. Vosotras mismas le oísteis pedir verla. Yo no se lo había dicho. Él lo sabía. Alguien más se lo dijo. Y yo le debía el dinero.

—Mapuhi es un necio —imitó Ngakura.

Tenía doce años y no sabía más. Mapuhi desahogó sus sentimientos haciéndola tambalearse de un sopapo en la oreja; mientras Tefara y Nauri rompían a llorar y continuaban recriminándole a la manera de las mujeres.

Huru-Huru, observando en la playa, vio una tercera goleta que conocía ponerse al paio fuera de la entrada y arriar un bote. Era la Hira , bien llamada, pues era propiedad de Levy, el judío alemán, el mayor comprador de perlas de todos, y, como bien se sabía, Hira era el dios tahitiano de los pescadores y los ladrones.

—¿Te has enterado de la noticia? —preguntó Huru-Huru, mientras Levy, un hombre gordo con rasgos macizos y asimétricos, bajaba a la playa—. Mapuhi ha encontrado una perla. Nunca hubo una perla como esa en Hikueru, en todas las Paumotus, en todo el mundo. Mapuhi es un necio. Se la ha vendido a Toriki por mil cuatrocientos chilenos; estuve escuchando fuera y lo oí. Toriki también es un necio. Puedes comprársela barata. Recuerda que yo te lo dije primero. ¿Tienes tabaco?

—¿Dónde está Toriki?

—En casa del capitán Lynch, bebiendo absenta. Lleva allí una hora.

Y mientras Levy y Toriki bebían absenta y regateaban por la perla, Huru-Huru escuchaba y oyó el estupendo precio de veinticinco mil francos acordado.

Fue en ese momento cuando tanto la Orohena como la Hira , acercándose a la costa, comenzaron a disparar cañones y a hacer señales frenéticamente. Los tres hombres salieron a tiempo para ver a las dos goletas virar apresuradamente y poner rumbo a alta mar, arriando mesanas y foques volantes sobre la marcha, de cara a la turbonada que las escorbaba profundamente sobre el agua blanqueada. Luego la lluvia las borró de la vista.

—Volverán cuando pase —dijo Toriki—. Será mejor que nos larguemos de aquí.

—Supongo que el barómetro ha bajado algo más —dijo el capitán Lynch.

Era un capitán de mar de barba blanca, demasiado viejo para el servicio, que había aprendido que la única forma de vivir en términos cómodos con su asma era en Hikueru. Entró para mirar el barómetro.

—¡Santo Dios! —le oyeron exclamar, y corrieron a unirse a él para mirar un dial que marcaba veintinueve veinte.

Salieron de nuevo, esta vez para consultar ansiosamente el mar y el cielo. La turbonada había amainado, pero el cielo permanecía cubierto. Se podía ver a las dos goletas, a toda vela y unidas por una tercera, regresando. Un role del viento las indujo a aflojar las escotas, y cinco minutos después, un role repentino del cuadrante opuesto pilló a las tres goletas por avante, y los de la orilla pudieron ver cómo se aflojaban o soltaban de golpe los aparejos de las botavaras. El sonido de las olas era fuerte, hueco y amenazador, y una fuerte marejada comenzaba a formarse. Un terrible relámpago estalló ante sus ojos, iluminando el día oscuro, y el trueno retumbó salvajemente a su alrededor.

Toriki y Levy echaron a correr hacia sus botes, el segundo moviéndose con dificultad como un hipopótamo en pánico. Mientras sus dos botes salían de la entrada, se cruzaron con el bote del Aorai que entraba. En el espejo de popa, animando a los remeros, estaba Raoul. Incapaz de quitarse de la mente la visión de la perla, regresaba para aceptar el precio de Mapuhi de una casa.

Desembarcó en la playa en medio de una tormenta eléctrica tan densa que chocó con Huru-Huru antes de verlo.

—Demasiado tarde —gritó Huru-Huru—. Mapuhi se la vendió a Toriki por mil cuatrocientos chilenos, y Toriki se la vendió a Levy por veinticinco mil francos. Y Levy la venderá 2 en Francia por cien mil francos. ¿Tienes tabaco?

Raoul se sintió aliviado. Sus problemas con la perla habían terminado. Ya no tenía que preocuparse más, aunque no hubiera conseguido la perla. Pero no creyó a Huru-Huru. Mapuhi bien podría haberla vendido por mil cuatrocientos chilenos, pero que Levy, que conocía las perlas, hubiera pagado veinticinco mil francos era exagerado. Raoul decidió hablar con el capitán Lynch sobre el asunto, pero cuando llegó a la casa de aquel viejo marino, lo encontró mirando con los ojos muy abiertos el barómetro.

—¿Qué lectura le da? —preguntó ansiosamente el capitán Lynch, frotándose las gafas y mirando de nuevo el instrumento.

—Veintinueve diez —dijo Raoul—. Nunca lo he visto tan bajo.

—¡Ya lo creo! —resopló el capitán—. Cincuenta años, de grumete a capitán en todos los mares, y nunca lo he visto bajar tanto. ¡Escucha!

Se quedaron un momento en silencio, mientras las olas retumbaban y sacudían la casa. Luego salieron. La turbonada había pasado. Podían ver al Aorai encalmado a una milla de distancia, cabeceando y balanceándose locamente en las tremendas olas que avanzaban en majestuosa procesión desde el nordeste y se arrojaban furiosamente sobre la costa de coral. Uno de los marineros del bote señaló la boca del pasaje y negó con la cabeza. Raoul miró y vio una anarquía blanca de espuma y oleaje.

—Supongo que me quedaré con usted esta noche, capitán —dijo; luego se volvió hacia el marinero y le dijo que sacara el bote del agua y buscara refugio para él y sus compañeros.

—Veintinueve clavados —informó el capitán Lynch, saliendo de echar otro vistazo al barómetro, con una silla en la mano.

Se sentó y contempló el espectáculo del mar. El sol salió, aumentando el bochorno del día, mientras la calma chicha persistía. Las olas continuaban aumentando de magnitud.

—Lo que no entiendo es qué provoca esa mar —murmuró Raoul con petulancia—. No hay viento, y sin embargo, mírala, imira esa de

ahí!

De millas de longitud, transportando decenas de miles de toneladas de peso, su impacto sacudió el frágil atolón como un terremoto. El capitán Lynch se sobresaltó.

—¡Cielos! —bramó, medio levantándose de su silla y volviendo a sentarse.

—Pero no hay viento —insistió Raoul—. Lo entendería si hubiera viento acompañándola.

—Ya tendrás viento de sobra sin preocuparte por él —fue la sombría respuesta.

Los dos hombres permanecieron sentados en silencio. El sudor brotaba en sus pieles en miríadas de diminutas gotas que se unían, formando manchas de humedad que, a su vez, se fusionaban en riachuelos que goteaban al suelo. Jadeaban en busca de aire, siendo los esfuerzos del anciano especialmente dolorosos. Una ola barrió la playa, lamiendo los troncos de los cocoteros y retrocediendo casi a sus pies.

—Mucho más allá de la marca de la marea alta —comentó el capitán Lynch—, y llevo aquí once años. —Miró su reloj—. Son las tres.

Un hombre y una mujer, seguidos por una abigarrada prole de mocosos y chuchos, pasaron desconsoladamente. Se detuvieron más allá de la casa y, tras mucha indecisión, se sentaron en la arena. Unos minutos más tarde, otra familia llegó desde la dirección opuesta, los hombres y mujeres cargando un heterogéneo surtido de posesiones. Y pronto varios cientos de personas de todas las edades y sexos se congregaron alrededor de la vivienda del capitán. Llamó a una recién llegada, una mujer con un bebé lactante en brazos, y como respuesta recibió la información de que su casa acababa de ser arrastrada a la laguna.

Este era el punto más alto de tierra en millas, y ya, en muchos lugares a ambos lados, las grandes olas estaban abriendo brecha en

el esbelto anillo del atolón y adentrándose en la laguna. Veinte millas de circunferencia se extendía el anillo del atolón, y en ningún lugar tenía más de cincuenta brazas de ancho. Era el apogeo de la temporada de buceo, y de todas las islas de alrededor, incluso desde Tahití, se habían reunido los nativos.

—Hay mil doscientas personas aquí, entre hombres, mujeres y niños —dijo el capitán Lynch—. Me pregunto cuántos quedarán mañana por la mañana.

—Pero, ¿por qué no sopla el viento? Eso es lo que quiero saber —exigió Raoul.

—No te preocupes, joven, no te preocupes; ya te llegarán los problemas bastante rápido.

Justo cuando el capitán Lynch hablaba, una gran masa acuosa golpeó el atolón. El agua de mar se agitó a su alrededor a tres pulgadas de profundidad bajo las sillas. Un bajo lamento de miedo se elevó de las muchas mujeres. Los niños, con las manos entrelazadas, miraban las inmensas olas y lloraban lastimeramente. Gallinas y gatos, chapoteando perturbados en el agua, como por común acuerdo, huyeron y treparon para refugiarse en el techo de la casa del capitán. Un paumotano, con una camada de cachorros recién nacidos en una cesta, se subió a un cocotero y a veinte pies del suelo aseguró la cesta. La madre se debatía en el agua debajo, gimiendo y ladrando.

Y aún el sol brillaba intensamente y la calma chicha continuaba. Se sentaron a observar las olas y el cabeceo demencial del Aorai . El capitán Lynch contempló las enormes montañas de agua que llegaban hasta que no pudo más. Se cubrió el rostro con las manos para no ver el espectáculo; luego entró en la casa.

—Veintiocho sesenta —dijo en voz baja cuando regresó.

En su brazo llevaba un rollo de cuerda fina. La cortó en trozos de dos brazas, dándole uno a Raoul y, quedándose con otro para él, distribuyó el resto entre las mujeres con el consejo de que eligieran un árbol y treparan.

Un ligero aire comenzó a soplar del nordeste, y su abanico en la mejilla pareció animar a Raoul. Pudo ver al Aorai cazando escotas y poniendo rumbo a alta mar, y lamentó no estar a bordo. Ella se salvaría de todos modos, pero en cuanto al atolón... Una ola lo barrió, casi arrancándolo de sus pies, y eligió un árbol. Luego se acordó del barómetro y corrió de vuelta a la casa. Se encontró con el capitán Lynch en el mismo recado y entraron juntos.

—Veintiocho veinte —dijo el viejo marino—. Esto va a ser un infierno... ¿qué fue eso?

El aire pareció llenarse con el rugido de algo. La casa tembló y vibró, y oyeron el zumbido de una poderosa nota de sonido. Las ventanas traquetearon. Dos cristales se hicieron añicos; una corriente de viento entró violentamente, golpeándolos y haciéndolos tambalear. La puerta de enfrente se cerró de golpe, rompiendo el pestillo. El pomo blanco de la puerta se desmoronó en fragmentos sobre el suelo. Las paredes de la habitación se hincharon como un globo de gas en proceso de inflación súbita. Luego llegó un nuevo sonido, como el tableteo de mosquetes, cuando el rocío de una ola golpeó la pared de la casa. El capitán Lynch miró su reloj. Eran las cuatro. Se puso un abrigo de paño de piloto, descolgó el barómetro y lo guardó en un bolsillo espacioso. De nuevo una ola golpeó la casa, con un golpe sordo, y el ligero edificio se inclinó, giró un cuarto de vuelta sobre sus cimientos y se hundió, con el suelo en un ángulo de diez grados.

Raoul salió primero. El viento lo atrapó y lo arrastró. Notó que había rolado al este. Con un gran esfuerzo se arrojó sobre la arena, agachándose y aferrándose. El capitán Lynch, arrastrado como una brizna de paja, se desplomó sobre él. Dos de los marineros del Aorai, abandonando un cocotero al que se habían estado agarrando, acudieron en su ayuda, inclinándose contra el viento en ángulos imposibles y luchando y arañando cada centímetro del camino.

Las articulaciones del anciano estaban rígidas y no podía trepar, así que los marineros, mediante trozos cortos de cuerda atados juntos, lo izaron por el tronco, unos pocos pies cada vez, hasta que

podieron asegurarlo en la cima del árbol, a cincuenta pies del suelo. Raoul pasó su trozo de cuerda alrededor de la base de un árbol adyacente y se quedó mirando. El viento era espantoso. Nunca había soñado que pudiera soplar tan fuerte. Una ola barrió el atolón, mojándolo hasta las rodillas antes de calmarse en la laguna. El sol había desaparecido y un crepúsculo de color plomo se instaló. Unas pocas gotas de lluvia, cayendo horizontalmente, lo golpearon. El impacto fue como el de perdigones de plomo. Un salpicón de agua salada le golpeó la cara. Fue como la bofetada de la mano de un hombre. Le ardían las mejillas y lágrimas involuntarias de dolor asomaban a sus ojos escocidos. Varios cientos de nativos se habían subido a los árboles, y podría haberse reído de los racimos de fruta humana agrupados en las copas. Luego, siendo tahitiano de nacimiento, dobló su cuerpo por la cintura, abrazó el tronco de su árbol con las manos, presionó las plantas de sus pies contra la superficie cercana del tronco y comenzó a trepar. En la cima encontró a dos mujeres, dos niños y un hombre. Una niña pequeña abrazaba a un gato doméstico.

Desde su nido de águila saludó con la mano al capitán Lynch, y aquel valiente patriarca le devolvió el saludo. Raoul estaba horrorizado por el cielo. Se había acercado mucho más; de hecho, parecía estar justo sobre su cabeza; y había pasado del plomo al negro. Mucha gente todavía estaba en el suelo, agrupada alrededor de las bases de los árboles y agarrándose. Varios de estos grupos estaban rezando, y en uno el misionero mormón estaba exhortando. Un sonido extraño, rítmico, débil como el más tenue chirrido de un grillo lejano, que duró solo un momento, pero que en ese momento le sugirió vagamente la idea del cielo y la música celestial, llegó a su oído. Miró a su alrededor y vio, en la base de otro árbol, un gran grupo de personas agarrándose con cuerdas y unos a otros. Podía ver sus rostros crispados y sus labios moviéndose al unísono. No le llegó ningún sonido, pero supo que estaban cantando himnos.

El viento seguía soplando cada vez más fuerte. No podía medirlo por ningún proceso consciente, pues hacía tiempo que había superado toda su experiencia con el viento; pero de alguna manera

sabía, sin embargo, que soplaba más fuerte. No muy lejos, un árbol fue arrancado de raíz, arrojando su carga de seres humanos al suelo. Una ola barrió la franja de arena, y desaparecieron. Las cosas sucedían rápidamente. Vio un hombro moreno y una cabeza negra recortados contra el blanco agitado de la laguna. Al instante siguiente, eso también había desaparecido. Otros árboles caían, cayendo y entrecruzándose como cerillas. Estaba asombrado por la fuerza del viento. Su propio árbol se balanceaba peligrosamente, una mujer gemía y se aferraba a la niña, que a su vez seguía agarrada al gato.

El hombre, sosteniendo al otro niño, tocó el brazo de Raoul y señaló. Miró y vio la iglesia mormona dando tumbos a cien pies de distancia. Había sido arrancada de sus cimientos, y el viento y el mar la empujaban y la lanzaban hacia la laguna. Un espantoso muro de agua la atrapó, la inclinó y la arrojó contra media docena de cocoteros. Los racimos de fruta humana cayeron como cocos maduros. La ola al retirarse los mostró en el suelo, algunos inmóviles, otros retorciéndose y contorsionándose. Le recordaban extrañamente a las hormigas. No estaba conmocionado. Se había elevado por encima del horror. Como algo natural, observó la siguiente ola barrer la arena, limpiándola de los restos humanos. Una tercera ola, más colosal que ninguna que hubiera visto, arrojó la iglesia a la laguna, donde flotó hacia la oscuridad a sotavento, medio sumergida, recordándole por completo a un arca de Noé.

Buscó la casa del capitán Lynch y se sorprendió al ver que había desaparecido. Ciertamente, las cosas sucedían rápidamente. Se dio cuenta de que muchas de las personas en los árboles que aún se mantenían en pie habían descendido al suelo. El viento había vuelto a arreciar. Su propio árbol lo demostraba. Ya no se balanceaba ni se inclinaba hacia adelante y hacia atrás. En cambio, permanecía prácticamente estacionario, curvado en un ángulo rígido por el viento y simplemente vibrando. Pero la vibración era nauseabunda. Era como la de un diapasón o la lengüeta de un arpa de boca. Era la rapidez de la vibración lo que la hacía tan mala. Aunque sus raíces

aguantaran, no podría soportar la tensión por mucho tiempo. Algo tendría que romperse.

Ah, ahí había uno que se había ido. No lo había visto caer, pero ahí estaba, el remanente, partido a la mitad del tronco. Uno no sabía lo que sucedía a menos que lo viera. El mero estruendo de los árboles y los lamentos de desesperación humana no ocupaban lugar en aquel poderoso volumen de sonido. Casualmente estaba mirando en dirección al capitán Lynch cuando sucedió. Vio el tronco del árbol, a media altura, astillarse y partirse sin ruido. La copa del árbol, con tres marineros del Aorai y el viejo capitán, salió volando sobre la laguna. No cayó al suelo, sino que fue impulsada por el aire como una brizna de paja. Siguió su vuelo durante cien yardas, cuando golpeó el agua. Aguzó la vista y estuvo seguro de ver al capitán Lynch despedirse con la mano.

Raoul no esperó a nada más. Tocó al nativo e hizo señas para descender al suelo. El hombre estaba dispuesto, pero sus mujeres estaban paralizadas por el terror, y eligió quedarse con ellas. Raoul pasó su cuerda alrededor del árbol y se deslizó hacia abajo. Un torrente de agua salada le pasó por encima de la cabeza. Contuvo la respiración y se aferró desesperadamente a la cuerda. El agua retrocedió y, al abrigo del tronco, respiró una vez más. Aseguró la cuerda con más firmeza y luego fue sumergido por otra ola. Una de las mujeres se deslizó y se unió a él, el nativo permaneció con la otra mujer, los dos niños y el gato.

El sobrecargo había notado cómo los grupos que se aferraban a las bases de los otros árboles disminuían continuamente. Ahora vio el proceso desarrollarse a su lado. Requería toda su fuerza para agarrarse, y la mujer que se le había unido se estaba debilitando. Cada vez que emergía de una ola se sorprendía de seguir allí, y luego, se sorprendía de que la mujer siguiera allí. Finalmente, emergió para encontrarse solo. Miró hacia arriba. La copa del árbol también había desaparecido. A la mitad de su altura original, un extremo astillado vibraba. Estaba a salvo. Las raíces aún aguantaban, mientras que el árbol había sido despojado de su

resistencia al viento. Comenzó a trepar. Estaba tan débil que subía lentamente, y ola tras ola lo atrapaba antes de que estuviera por encima de ellas. Luego se ató al tronco y endureció su alma para enfrentar la noche y lo que fuera que viniera.

Se sintió muy solo en la oscuridad. A veces le parecía que era el fin del mundo y que él era el último que quedaba vivo. El viento seguía aumentando. Hora tras hora aumentaba. Hacia lo que calculó que eran las once, el viento se había vuelto increíble. Era una cosa horrible, monstruosa, una furia aullante, un muro que golpeaba y pasaba, pero que continuaba golpeando y pasando, un muro sin fin. Le parecía que se había vuelto ligero y etéreo; que era él quien estaba en movimiento; que estaba siendo impulsado a una velocidad inconcebible a través de una solidez interminable. El viento ya no era aire en movimiento. Se había vuelto sustancial como el agua o el mercurio. Tenía la sensación de que podía meter la mano en él y arrancarlo en trozos como se podría hacer con la carne de un buey; que podía agarrarse al viento y aferrarse a él como un hombre podría aferrarse a la pared de un acantilado.

El viento lo estrangulaba. No podía enfrentarlo y respirar, porque se precipitaba por su boca y fosas nasales, distendiendo sus pulmones como vejigas. En esos momentos le parecía que su cuerpo estaba siendo empaquetado e hinchado con tierra sólida. Solo presionando los labios contra el tronco del árbol podía respirar. Además, el incesante impacto del viento lo agotaba. Cuerpo y cerebro se cansaron. Ya no observaba, ya no pensaba, y estaba apenas semiconsciente. Una idea constituía su conciencia: Así que esto era un huracán . Esa única idea persistía irregularmente. Era como una llama débil que parpadeaba ocasionalmente. De un estado de estupor volvía a ella: Así que esto era un huracán . Luego se sumía en otro estupor.

El apogeo del huracán duró desde las once de la noche hasta las tres de la mañana, y fue a las once cuando el árbol al que se aferraban Mapuhi y sus mujeres se partió. Mapuhi salió a la superficie de la laguna, todavía agarrando a su hija Ngakura. Solo un

isleño del Mar del Sur podría haber sobrevivido en semejante torbellino. El árbol de pandano, al que se sujetó, giraba una y otra vez en la espuma y la agitación; y solo aferrándose a veces y esperando, y otras veces cambiando rápidamente de agarre, pudo sacar su cabeza y la de Ngakura a la superficie a intervalos suficientemente cercanos para mantener la respiración en ellas. Pero el aire era mayormente agua, entre el rocío volante y la lluvia torrencial que caía en ángulo recto con la perpendicular.

Había diez millas a través de la laguna hasta el otro anillo de arena. Allí, troncos de árboles, maderas, restos de cúteres y escombros de casas, mataron a nueve de cada diez de los desdichados seres que sobrevivieron al paso de la laguna. Medio ahogados, exhaustos, fueron arrojados a este loco mortero de los elementos y machacados hasta convertirse en carne informe. Pero Mapuhi fue afortunado. Su oportunidad fue la de uno entre diez; le tocó por un capricho del destino. Emergió a la arena, sangrando por una veintena de heridas. El brazo izquierdo de Ngakura estaba roto; los dedos de su mano derecha estaban aplastados; y la mejilla y la frente estaban abiertas hasta el hueso. Se aferró a un árbol que aún estaba en pie, y se agarró, sosteniendo a la niña y sollozando en busca de aire, mientras las aguas de la laguna le llegaban hasta las rodillas y a veces hasta la cintura.

A las tres de la mañana, la columna vertebral del huracán se rompió. A las cinco no soplabá más que una brisa fuerte. Y a las seis reinaba una calma total y el sol brillaba. El mar se había calmado. En el borde aún inquieto de la laguna, Mapuhi vio los cuerpos destrozados de los que habían fracasado en el desembarco. Sin duda, Tefara y Nauri estaban entre ellos. Recorrió la playa examinándolos, y encontró a su esposa, yaciendo mitad dentro y mitad fuera del agua. Se sentó y lloró, haciendo ruidos ásperos y animales a la manera del duelo primitivo. Entonces ella se movió inquieta y gimió. Él miró más de cerca. No solo estaba viva, sino que estaba ilesa. Simplemente dormía. La suya también había sido la oportunidad de una entre diez.

De los mil doscientos vivos la noche anterior, solo quedaban trescientos. El misionero mormón y un gendarme hicieron el censo. La laguna estaba llena de cadáveres. No quedaba en pie ni una casa ni una choza. En todo el atolón no quedaban dos piedras una sobre otra. Uno de cada cincuenta cocoteros seguía en pie, y eran restos, mientras que en ninguno de ellos quedaba un solo coco. No había agua dulce. Los pozos poco profundos que recogían la filtración superficial de la lluvia estaban llenos de sal. De la laguna se recuperaron algunas bolsas de harina empapadas. Los supervivientes cortaron los corazones de los cocoteros caídos y se los comieron. Aquí y allá se arrastraron a pequeñas chozas, hechas ahuecando la arena y cubriéndolas con fragmentos de techos de metal. El misionero construyó un alambique rudimentario, pero no pudo destilar agua para trescientas personas. Al final del segundo día, Raoul, mientras se bañaba en la laguna, descubrió que su sed se aliviaba un poco. Gritó la noticia, y entonces se pudo ver a trescientos hombres, mujeres y niños, de pie hasta el cuello en la laguna, tratando de beber agua a través de su piel. Sus muertos flotaban a su alrededor, o eran pisados donde aún yacían en el fondo. Al tercer día, la gente enterró a sus muertos y se sentó a esperar los barcos de rescate.

Mientras tanto, Nauri, arrancada de su familia por el huracán, había sido arrastrada a una aventura propia. Aferrada a una tabla tosca que la hería y magullaba y que le llenaba el cuerpo de astillas, fue lanzada por encima del atolón y llevada mar adentro. Aquí, bajo los asombrosos embates de montañas de agua, perdió su tabla. Era una anciana de casi sesenta años; pero había nacido en las Paumotus, y nunca en su vida había perdido de vista el mar. Nadando en la oscuridad, ahogándose, sofocándose, luchando por aire, recibió un fuerte golpe en el hombro de un coco. Al instante se formó su plan y agarró el coco. En la hora siguiente capturó siete más. Atados juntos, formaron un salvavidas que le preservó la vida mientras al mismo tiempo amenazaba con convertirla en pulpa. Era una mujer gorda y se amorataba con facilidad; pero tenía experiencia con los huracanes, y mientras rezaba a su dios tiburón

para que la protegiera de los tiburones, esperaba a que el viento amainara. Pero a las tres en punto estaba en tal estupor que no se dio cuenta. Tampoco se dio cuenta a las seis, cuando se instaló la calma chicha. Volvió en sí de golpe cuando fue arrojada sobre la arena. Se aferró con manos y pies en carne viva y arañó contra el retroceso de las olas hasta que estuvo fuera de su alcance.

Sabía dónde estaba. Esa tierra no podía ser otra que el diminuto islote de Takokota. No tenía laguna. Nadie vivía en él. Hikueru estaba a quince millas de distancia. No podía ver Hikueru, pero sabía que estaba al sur. Pasaron los días y vivió de los cocos que la habían mantenido a flote. Le proporcionaron agua para beber y comida. Pero no bebía todo lo que quería, ni comía todo lo que quería. El rescate era problemático. Vio el humo de los barcos de rescate en el horizonte, pero ¿qué barco se podía esperar que viniera a la solitaria e deshabitada Takokota?

Desde el principio fue atormentada por los cadáveres. El mar persistía en arrojarlos a su pedazo de arena, y ella persistía, hasta que le fallaron las fuerzas, en devolverlos al mar donde los tiburones los desgarraban y devoraban. Cuando sus fuerzas fallaron, los cuerpos festonearon su playa con un horror espantoso, y ella se retiró de ellos todo lo que pudo, que no fue mucho.

Al décimo día, su último coco se había acabado, y se estaba marchitando de sed. Se arrastró por la arena, buscando cocos. Era extraño que tantos cuerpos flotaran hasta allí, y ningún coco. ¡Seguramente, había más cocos a flote que hombres muertos! Finalmente se rindió y yació exhausta. El final había llegado. No quedaba más que esperar la muerte.

Saliendo de un estupor, se dio cuenta lentamente de que estaba mirando un mechón de pelo rojizo en la cabeza de un cadáver. El mar arrojó el cuerpo hacia ella, luego lo retiró. Se dio la vuelta y vio que no tenía rostro. Sin embargo, había algo familiar en ese mechón de pelo rojizo. Pasó una hora. No se esforzó por identificarlo. Estaba esperando morir, y poco le importaba qué hombre podría haber sido aquella cosa de horror.

Pero al cabo de la hora, se sentó lentamente y miró fijamente el cadáver. Una ola inusualmente grande lo había arrojado más allá del alcance de las olas menores. Sí, tenía razón; ese mechón de pelo rojo solo podía pertenecer a un hombre en las Paumotus. Era Levy, el judío alemán, el hombre que había comprado la perla y se la había llevado en la Hira. Bueno, una cosa era evidente: la Hira se había perdido. El dios de los pescadores y ladrones del comprador de perlas le había fallado.

Se arrastró hasta el hombre muerto. Su camisa había sido arrancada, y pudo ver el cinturón de cuero para el dinero alrededor de su cintura. Contuvo la respiración y tiró de las hebillas. Cedieron más fácilmente de lo que esperaba, y se arrastró apresuradamente por la arena, arrastrando el cinturón tras de sí. Desabrochó bolsillo tras bolsillo del cinturón y los encontró vacíos. ¿Dónde podría haberla puesto? En el último bolsillo de todos la encontró, la primera y única perla que había comprado en el viaje. Se arrastró unos metros más, para escapar de la pestilencia del cinturón, y examinó la perla. Era la que Mapuhi había encontrado y de la que Toriki le había robado. La sopesó en su mano y la hizo rodar hacia adelante y hacia atrás con cariño. Pero no vio en ella ninguna belleza intrínseca. Lo que sí vio fue la casa que Mapuhi, Tefara y ella habían construido tan cuidadosamente en sus mentes. Cada vez que miraba la perla, veía la casa en todos sus detalles, incluido el reloj de pared octogonal en la pared. Eso era algo por lo que valía la pena vivir.

Arrancó una tira de su ahu y se ató la perla firmemente alrededor del cuello. Luego siguió por la playa, jadeando y gimiendo, pero buscando resueltamente cocos. Rápidamente encontró uno y, al mirar a su alrededor, un segundo. Rompió uno, bebiendo su agua, que estaba mohosa, y comiendo hasta la última partícula de la pulpa. Un poco más tarde encontró una piragua destrozada. Su balancín había desaparecido, pero tenía esperanzas y, antes de que terminara el día, encontró el balancín. Cada hallazgo era un augurio. La perla era un talismán. A última hora de la tarde vio una caja de madera flotando bajo en el agua. Cuando la sacó a la playa, su contenido sonó, y dentro encontró diez latas de salmón. Abrió una

golpeándola contra la canoa. Cuando se abrió una fuga, escurrió la lata. Después de eso, pasó varias horas extrayendo el salmón, martillando y exprimiéndolo bocado a bocado.

Esperó el rescate ocho días más. Mientras tanto, volvió a sujetar el balancín a la canoa, usando como amarras toda la fibra de coco que pudo encontrar, y también lo que quedaba de su ahu . La canoa estaba muy agrietada y no podía hacerla estanca; pero guardó a bordo una calabaza hecha de un coco para achicar. Le costó mucho conseguir un remo. Con un trozo de hojalata se cortó todo el pelo cerca del cuero cabelludo. Con el pelo trenzó una cuerda; y mediante la cuerda, ató un trozo de mango de escoba de tres pies a una tabla de la caja de salmón. Royó cuñas con los dientes y con ellas acuñó la amarra.

Al decimoctavo día, a medianoche, botó la canoa a través de las olas y partió de regreso a Hikueru. Era una anciana. Las penurias le habían quitado la grasa hasta que apenas quedaban más que huesos, piel y algunos músculos fibrosos. La canoa era grande y debería haber sido remada por tres hombres fuertes. Pero ella lo hizo sola, con un remo improvisado. Además, la canoa hacía mucha agua, y un tercio de su tiempo lo dedicaba a achicar. A plena luz del día buscó en vano Hikueru. A popa, Takokota se había hundido bajo el horizonte marino. El sol ardía sobre su desnudez, obligando a su cuerpo a entregar su humedad. Quedaban dos latas de salmón, y en el transcurso del día les hizo agujeros a martillazos y bebió el líquido. No tenía tiempo que perder en extraer la carne. Una corriente la llevaba hacia el oeste; avanzaba hacia el oeste, ya fuera que avanzara hacia el sur o no.

A primera hora de la tarde, de pie en la canoa, avistó Hikueru. Su abundancia de cocoteros había desaparecido. Solo aquí y allá, a grandes intervalos, podía ver los restos harapientos de los árboles. La vista la animó. Estaba más cerca de lo que había pensado. La corriente la llevaba hacia el oeste. Luchó contra ella y siguió remando. Las cuñas de la amarra del remo se aflojaron, y perdió mucho tiempo, a intervalos frecuentes, en apretarlas. Luego estaba

el achique. Una hora de cada tres tenía que dejar de remar para achicar. Y todo el tiempo derivaba hacia el oeste.

Al atardecer, Hikueru se encontraba al sureste de ella, a tres millas de distancia. Había luna llena, y a las ocho en punto la tierra estaba al este y a dos millas de distancia. Luchó durante otra hora, pero la tierra estaba tan lejos como siempre. Estaba en el agarre principal de la corriente; la canoa era demasiado grande; el remo era demasiado inadecuado; y demasiado de su tiempo y fuerza se desperdiciaba en achicar. Además, estaba muy débil y cada vez más. A pesar de sus esfuerzos, la canoa derivaba hacia el oeste.

Rezó una oración a su dios tiburón, se deslizó por el costado y comenzó a nadar. El agua la refrescó de verdad, y rápidamente dejó la canoa atrás. Al cabo de una hora, la tierra estaba perceptiblemente más cerca. Entonces llegó su susto. Justo delante de sus ojos, a no más de veinte pies, una gran aleta cortaba el agua. Nadó firmemente hacia ella, y lentamente se deslizó, desviándose hacia la derecha y rodeándola en círculo. Mantuvo los ojos en la aleta y siguió nadando. Cuando la aleta desapareció, se tumbó boca abajo en el agua y observó. Cuando la aleta reapareció, reanudó su nado. El monstruo era perezoso, podía verlo. Sin duda, había sido bien alimentado desde el huracán. Si hubiera estado muy hambriento, sabía que no habría dudado en lanzarse sobre ella. Medía quince pies de largo, y un mordisco, lo sabía, podría partirla por la mitad.

Pero no tenía tiempo que perder con él. Nadara o no, la corriente la alejaba de la tierra de todos modos. Pasó media hora, y el tiburón comenzó a volverse más audaz. Al no ver ningún peligro en ella, se acercó más, en círculos cada vez más estrechos, mirándola con descaro al pasar. Tarde o temprano, sabía muy bien, reuniría el coraje suficiente para lanzarse sobre ella. Resolvió atacar primero. Era un acto desesperado el que meditaba. Era una anciana, sola en el mar y débil por el hambre y las penurias; y sin embargo, ella, frente a este tigre marino, debía anticipar su embestida atacándolo ella misma. Siguió nadando, esperando su oportunidad. Finalmente,

pasó lánguidamente, apenas a ocho pies de distancia. Se abalanzó sobre él de repente, fingiendo que lo atacaba. Él dio un coletazo salvaje mientras huía, y su piel de lija, al golpearla, le arrancó la piel desde el codo hasta el hombro. Nadó rápidamente, en un círculo cada vez más amplio, y finalmente desapareció.

En 6 el agujero en la arena, cubiertos por fragmentos de techo de metal, Mapuhi y Tefara yacían discutiendo.

—Si hubieras hecho lo que te dije —acusó Tefara, por milésima vez—, y hubieras escondido la perla sin decirle a nadie, ahora la tendrías.

—Pero Huru-Huru estaba conmigo cuando abrí la concha, ¿no te lo he dicho una y otra vez, hasta el infinito?

—Y ahora no tendremos casa. Raoul me dijo hoy que si no le hubieras vendido la perla a Toriki...

—No se la vendí. Toriki me la robó.

—...que si no hubieras vendido la perla, él te daría cinco mil dólares franceses, que son diez mil chilenos.

—Ha estado hablando con su madre —explicó Mapuhi—. Ella tiene buen ojo para las perlas.

—Y ahora la perla está perdida —se quejó Tefara.

—Pagó mi deuda con Toriki. Son mil doscientos que he ganado, de todos modos.

—Toriki está muerto —gritó ella—. No han tenido noticias de su goleta. Se perdió junto con el Aorai y la Hira. ¿Te pagará Toriki los trescientos de crédito que te prometió? No, porque Toriki está muerto. Y si no hubieras encontrado ninguna perla, ¿le deberías hoy a Toriki los mil doscientos? No, porque Toriki está muerto, y no 7 se puede pagar a los muertos.

—Pero Levy no le pagó a Toriki —dijo Mapuhi—. Le dio un trozo de papel que valía por el dinero en Papeete; y ahora Levy está muerto y no puede pagar; y Toriki está muerto y el papel se perdió con él, y la

perla se perdió con Levy. Tienes razón, Tefara. 8 He perdido la perla y no he conseguido nada a cambio. Ahora durmamos.

Levantó la mano de repente y escuchó. Desde fuera llegaba un ruido, como de alguien que respiraba pesadamente y con dolor. Una mano tanteó contra la estera que servía de puerta.

—¿Quién está ahí? —gritó Mapuhi.

—Nauri —llegó la respuesta—. ¿Puedes decirme dónde está mi hijo, Mapuhi?

Tefara gritó y agarró el brazo de su marido.

—¡Un fantasma! —balbuceó—. ¡Un fantasma!

El rostro de Mapuhi era de un amarillo cadavérico. Se aferró débilmente a su esposa.

—Buena mujer —dijo con voz vacilante, esforzándose por disfrazar su voz—, conozco bien a tu hijo. Vive en el lado este de la laguna.

Desde fuera llegó el sonido de un suspiro. Mapuhi comenzó a sentirse eufórico. Había engañado al fantasma.

—Pero, ¿de dónde vienes, anciana? —preguntó.

—Del mar —fue la abatida respuesta.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Tefara, meciéndose de un lado a otro.

—¿Desde cuándo Tefara duerme en casa ajena? —llegó la voz de Nauri a través de la estera.

Mapuhi miró con miedo y reproche a su esposa. Era su voz la que los había delatado.

—¿Y desde cuándo Mapuhi, mi hijo, niega a su anciana madre? —continuó la voz.

—No, no, no te he negado... Mapuhi no te ha negado —gritó él—. Yo no soy Mapuhi. Él está en el extremo este de la laguna, te lo digo.

Ngakura se sentó en la cama y comenzó a llorar. La estera empezó a temblar.

—¿Qué estás haciendo? —exigió Mapuhi.

—Voy a entrar —dijo la voz de Nauri.

Un extremo de la estera se levantó. Tefara intentó zambullirse bajo las mantas, pero Mapuhi la sujetó. Tenía que agarrarse a algo. Juntos, luchando entre sí, con cuerpos temblorosos y dientes castañeteantes, miraron con ojos saltones la estera que se levantaba. Vieron a Nauri, chorreando agua de mar, sin su ahu, entrar arrastrándose. Rodaron hacia atrás lejos de ella y lucharon por la manta de Ngakura para cubrirse la cabeza.

—Podrías darle un trago de agua a tu anciana madre —dijo el fantasma lastimeramente.

—Dale un trago de agua —ordenó Tefara con voz temblorosa.

—Dale un trago de agua —Mapuhi le pasó la orden a Ngakura.

Y juntos sacaron a patadas a Ngakura de debajo de la manta. Un minuto después, espiando, Mapuhi vio al fantasma bebiendo. Cuando extendió una mano temblorosa y la posó sobre la suya, sintió su peso y se convenció de que no era un fantasma. Entonces salió, arrastrando a Tefara tras él, y en pocos minutos todos escuchaban el relato de Nauri. Y cuando habló de Levy, y dejó caer la perla en la mano de Tefara, hasta ella se reconcilió con la realidad de su suegra.

—Por la mañana —dijo Tefara—, le venderás la perla a Raoul por cinco mil francos.

—¿Y la casa? —objetó Nauri.

—Construirá la casa —respondió Tefara—. Dice que costará cuatro mil francos. También nos dará mil francos de crédito, que son dos mil chilenos.

—¿Y tendrá seis brazas de largo? —preguntó Nauri.

—Sí —respondió Mapuhi—, seis brazas.

—¿Y en la sala del medio estará el reloj de pared octogonal?

—Sí, y la mesa redonda también.

—Entonces dadme algo de comer, porque tengo hambre —dijo Nauri, complacida—. Y después dormiremos, porque estoy agotada. Y mañana hablaremos más sobre la casa antes de vender la perla. Será mejor si tomamos los mil francos en efectivo. El dinero siempre es mejor que el crédito al comprar mercancías a los comerciantes.

1. [La casa de Mapuhi - Jack London](#)
2. [La casa de Mapuhi](#)

**¡Gracias por leer este libro de**  
**[www.elejandria.com](http://www.elejandria.com)!**

**Descubre nuestra colección de obras de  
dominio público en castellano en nuestra web**